

Una cierta experiencia melancólica ante la información (A propósito del libro *No cosas* de Byung-Chul Han)

Walter Beller Taboada*

Resumen

La tendencia a criticar las condiciones sociales y humanas de la tecnología se ha acentuado actualmente cuando la pandemia nos confinó en nuestros hogares, y los medios de información digital se convirtieron en nuestra más constante compañía. El filósofo Byung-Chul Han argumenta sobre el lado oscuro de esos medios en la cotidianidad. Sin embargo, las tesis y fundamentos filosóficos que emplea son discutibles y, para ello, se hace necesario esclarecer los conceptos que maneja de manera equivocada o parcial. Eso es lo que se proponen las páginas que siguen.

Palabras clave

Tecnología ; Pandemia ; Información ; Digitalización ; Posmodernidad

Abstract

The tendency to criticize the social and human conditions of technology has been accentuated today when the pandemic confined us in our homes, and the digital information media became our most constant company. The philosopher Byung-Chul Han argues about the dark side of these media in everyday life. However, the theses and philosophical foundations that he uses are debatable, and for this it is necessary to clarify the concepts that he handles in a wrong or partial way. That is what the pages that follow are proposing.

Keywords

Technology ; Pandemic ; Information ; Digitize ; Postmodernity

* Profesor investigador, Departamento de Educación y Comunicación, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, (UAM-X), México (walterbeller@gmail.com)

LA PANDEMIA nos encerró en nuestros hogares y nos obligó a valerlos de los dispositivos cibernéticos para estar *en contacto remoto con los otros y el mundo*. El muy leído filósofo coreano Byung-Chul Han ha publicado recientemente un nuevo libro sobre los significados recónditos que —a su mirada y juicio— han adquirido esos dispositivos en nuestra cotidianidad. El propósito del presente texto será inquirir las tesis de este pensador en el horizonte de nuestra actual circunstancia, cuando más parecemos —padecemos— depender para la vida ordinaria del celular y de Internet, constreñidos a informatizar nuestro entorno.

El confinamiento nos ha obligado a cambiar casi la mayoría de nuestros hábitos de vida. Un nuevo estatus adquirieron nuestros trabajos y relaciones esenciales: *las actividades a distancia*. Como nunca, hemos evitado —acaso por un tiempo demasiado largo— el desplazamiento físico y hemos reducido —casi al máximo— nuestra movilidad y el contacto personal con los *otros*. Entre el miedo y la precaución sanitaria, la tecnología ha tomado el lugar central de nuestras actividades laborales y sociales. El *home office* se instaló en el centro de nuestras viviendas. No habiendo contactos físicos en las aulas ni en las oficinas, la posición y el tono de nuestra vida se trastocó por el *distanciamiento social*. Por ello, readquirió un mayor valor —social, económico, comercial, cultural, humano— la información, en particular aquella que renueva para nosotros en el *mundo digital*. Pero aún así hemos resistido para no acabar en un mundo maquinal.

Hoy, más que nunca, la cultura digital se ha ensamblado hasta en nuestros más secretos pensamientos. Comprobamos que casi todas las máquinas que usamos diariamente son digitales: celulares, laptops, coches, libros, revistas, tarjetas de crédito, lavadoras, microondas, y todos estos "objetos" facilitan todo tipo de compras remotas, incluso la adquisición de boletos para el cine, el teatro, los viajes, etc. Significa que estamos rodeados por una tecnología que cambia vertiginosamente y va cubriendo poco a poco el conjunto de nuestras necesidades y deseos. Subsiste el riesgo de que sea la tecnología y el gran aparato económico y comercial que la sostiene, el factor esencial que termine por imponerse en nuestras vidas. La situación actual renueva décadas de polémicas sobre la defensa de la tecnofilia (la tecnología nos facilita el trabajo y la vida) y el enfoque tecnofóbico (que se remonta al movimiento ludista en Inglaterra contra las máquinas) (Sanlés Olivares, M, 2019).

La desmaterialización de la realidad y el poshumanismo

El filósofo coreano (formado en Alemania) Byung-Chul Han ha publicado el libro titulado *No-cosas. Quiebras del mundo de hoy*, editado en español por Taurus, cuya

primera edición es de octubre de 2021. No sorprende la celeridad con la que el libro fue traducido y difundido mundialmente: se trata de un autor prolífico (circula un libro suyo prácticamente cada año) y tiene una gran aceptación como *best seller*, pese a que sus referencias culturales y filosóficas suponen un cierto nivel universitario. Pero Byung-Chul tiene un amplio público internacional, debido probablemente a que se ocupa de cuestiones de la vida cotidiana, de nuestra modernidad (o tardomodernidad) y de la mundialización que conecta al planeta a través de las redes invisibles que cobran vida en nuestros dispositivos electrónicos.

Sus análisis son sobre el mundo y el tiempo en el cual el trabajo humano se viene contrapunteado con la eficiencia de las máquinas digitales y la Inteligencia Artificial (AI). Es decir, ese (nuestro) mundo que surge del desplazamiento de la anterior era analógica, arrinconada hoy por el universo digital. Los entornos del mundo virtual nos han llevado a esa inasible "cosa" que llamamos "la nube". Autopistas de la información, Internet, intranet, hipertexto, multiplataforma, configurar, enrutar, computarizar, *modding*, navegar, resetear, etc., no solo han apremiado vocabulario diario, sino que puede conducir a un interrogante de relevancia filosófica: ¿la realidad virtual desvanece o no todo lo sólido que nos rodea? O bien, ¿la información que se diluye, se pierde y desaparece de nuestros dispositivos electrónicos, aunque los expertos aseguran que nunca queda del todo perdida?

Sobre la realidad de la información, en *Descodificando el universo*, Chales Seife señala que: "La información es tan real y concreta como la masa, la energía o la temperatura. No podemos ver directamente ninguna de estas propiedades, pero las aceptamos como reales. La información es igual de real" (citado por Watson, P., 2018, p. 392).

En este sentido, la información es algo que trasciende al medio en el cual está almacenada. Es una propiedad afín a los objetos que estudia la física o la química. Desde el pionero de lenguaje booleano a la computación, Claude Shannon, los *0* y los *1* no solo cuantifican sino son estados cuánticos. O es uno o el otro, sin estados intermedios. *La información es un estado físico* (Watson, 2018, p. 393). Es algo particular, y por ello no puede ser una "nada". Pero no todos los pensadores se quedan con este nivel de explicación.

La información digital bajo sospecha

En el libro *No-cosas*, el centro del análisis de Byung-Chul es la información y sus implicaciones tanto luminosas como oscuras. Busca examinar qué hay en el nivel latente detrás del nivel manifiesto y visible de la información. Encara, al mismo tiempo, temas correlativos que conectan con el *poshumanismo*, es decir, el mundo

dominado por la ciber-cultura, abrazando cuerpos y mentes, y de cara al asunto siempre inquietante de la AI. Su mirada filosófica tiene sus bases en el primer Heidegger y en la visión y versión posmoderna, la cual —como se sabe— ha puesto en tela de juicio el espinoso problema de verdad y de la objetividad en todos los saberes. Sin embargo, Byung-Chul mantiene una cierta distancia crítica de todo ello, y por eso sus libros salen de cartabones preestablecidos.

Las reflexiones de Byung-Chul derivan, sin lugar a dudas, de los avances y repercusiones de la “aceleración continua del desarrollo tecnológico” (Sanlés Olivares, N., 2019, p.25), que han llevado —¿irremediablemente?— a que nuestro mundo se vacíe de cosas y se llene, en cambio, de información, como si fuesen voces sin cuerpo.

El orden terreno está siendo hoy sustituido por el orden digital. Este *desnaturaliza las cosas* del mundo *informartizándolas*. [...] Hoy nos encontramos en la transformación de la era de las cosas a la era de las no-cosas. Es la información, no las cosas, la que determina el mundo en que vivimos. Ya no habitamos la tierra y el cielo, sino Google Earth y la nube. El mundo se torna cada vez más intangible, nublado, espectral. Nada es *sólido y tangible*. (Byung-Chul, 2021, p. 13)

Para Byung-Chul, la información circula de múltiples maneras y a través de múltiples “objetos”, pero su valor —en el sentido de su localización— es intangible.

Lo digital es el signo y emblema que nos acompaña. Más ahora y de forma intensa y extensivamente durante el confinamiento por el coronavirus SARS-COV-2. Lo digital cobra expresión cada día en nuestra computadora (incluyendo los libros que leemos en ella). Lo digital se ha tornado rutinario por el imprescindible *smartphone*. Byung-Chul advierte que se ha instalado en nosotros la *compulsión háptica*: lo que yo toco en la pantalla surge solo porque lo toco, *lo táctil* al alcance de mi dedo y me abre literalmente el mundo (Byung-Chul, 2021, p. 35). Igualmente, por lo digital estamos en presencia del extraño fetichismo de las *selfis* (ver *infra.*).

Lo físico y lo impalpable

La tecnología nos acerca a todo un mundo de información, y la información accesible nos lleva de lo tangible (el dispositivo) a lo intangible (la información digital) y en esa misma medida nos aleja de las “cosas”. Byung-Chul generaliza nuestra dependencia del ciberespacio e introduce la ecuación: entrar a la información digital supone el acceso a las “no-cosas”. Información digital = no-cosas. Por ejemplo, la

“selfie no es una cosa, sino una *información*, una *no-cosa*” (Byung-Chul Han, 2021, p. 49). Tal y como ocurre con los juegos electrónicos y, en general, la totalidad de procesos de la digitalización que han transformado nuestras mentes e inclusive nuestros cuerpos.

Una característica de lo tangible es que pueden conocerse sus rasgos físicos (peso, tamaño, altura). Son tangibles las cosas extensas —en el sentido que dio Descartes a la realidad cognoscible—. Puede calcularse el peso de una caja de zapatos, pero no existe una medida —y por eso es intangible— respecto de la carga de *libidinización* que hace un sujeto sobre esa caja de zapatos, en tanto que *objeto de deseo*. Tocar la pantalla de un *iPhone* con el dedo es expresión tangible. Pero lo que aparece en el teléfono (un correo, una imagen fotográfica, un símbolo) quizá se desvanezca para siempre en el instante de pulsar otra parte del celular. Lo que apareció se trastoca en efímero, contingente y se suele perder en el confín inextricable denominado “la nube”. He ahí lo intangible *informatizado*, según Byung-Chul.

Sostiene el filósofo coreano: “La digitalización acaba con el paradigma de las cosas. Supedita estas a la información” (Byung-Chul Han, 2021, p. 15). Y se pregunta: ¿en qué se convierten las cosas cuando dependen de la información?

La información del mundo convierte a las cosas en *infómatas*, es decir, en *actores* que procesan información. El automóvil del futuro dejará de ser una cosa a la que puedan asociarse fantasmas de poder y posesión para ser una *red informativa* móvil, es decir, un *infómata* que se comunica con nosotros. (Byung-Chul, 2021, p. 15)

Los acelerados procesos tecnológicos hacen que la información se nos vaya positivamente de las manos. Así, paulatinamente, no somos nosotros quienes dominamos la información, sino que es la información la que nos domina, sin darnos cuenta, a través de los nuevos hábitos en el uso extensivo de tecnologías y dispositivos que se suelen asociar con la palabra ‘información’.

Byung-Chul reconoce que nos intoxicamos literalmente con la comunicación (en internet, en redes, etc.). En tal sentido, las energías libidinales se apartan de las “cosas”, ya que estas, una vez trastocadas en *no-cosas*, dispersa la energía libidinal, la cual termina por derramarse sobre las *no-cosas*. Ocurre una suerte de fantasmaticización irremediable y constante. Lejos del control del “Yo”, de la conciencia, se reducen a un “Eso”. Dice Byung-Chul: “Las infoesferas son de hecho fantasmales. En ellas, nada puede materializarse. Las *no-cosas* son alimento para los fantasmas” (Byung-Chul, 2021, p. 74). Según este análisis, un nuevo fetichismo surge a consecuencia de ello: la *infomanía*. Una palabra compuesta de información + manía. Detengámonos en el término *infomanía*.

El fetichismo en la actualidad digital

Se infiere del análisis del filósofo coreano que, ante la era digital, quedaría atrás el fetichismo caracterizado por la antropología, la economía política y el psicoanálisis. O más bien, creemos nosotros, que la información —en su análisis— es todo esto a la vez.

El fetichismo como culto o adoración a pequeñas “cosas”, condensa la creencia de algún receptáculo habitado por algún espíritu, poseyendo quizá cierto poder mágico.

Por otra parte, está el “fetichismo de la mercancía”, según el marxismo, como ese engaño o ilusión de considerar las mercancías de un modo fantástico, desvinculadas del trabajo y atribuyéndole a la “cosa misma” la propiedad de tener un precio determinado, cuando en realidad este depende del mercado.

Para el psicoanálisis, el fetichismo figura como perversión sexual caracterizada por el hecho de que una parte del cuerpo o *un objeto* son “elegidos” como *sustitutos* de una persona.

A todas estas acepciones se suma actualmente una nueva dirección de nuestras actividades diarias, según Byung-Chul: el *fetichismo de la información*. “Y nos hemos vuelto todos *infómanos*. El fetichismo de las cosas se ha acabado. Nos volvemos fetichistas de la información y los datos” (Byung-Chul, 2021, p. 14). El filósofo coreano lo mira como un fenómeno diferencial, distinto de sus formas previas. Sin embargo, bien podemos asumir que la *infomanía* comprende las tres modalidades del fetichismo que hemos recordado.

Las tres maneras podrían equipararse al suceso social de la información. En primer lugar, porque hay algo de mágico, poderoso e inescrutable en los “prodigios”, cuando se descubre algo “fantástico” que puede hacer nuestro *iPhone*. En segundo lugar, porque hay algo de oculto y alienante en el uso de la información que circula en redes y en términos del mercado, justamente equiparable al “fetichismo de la mercancía”. En tercer lugar, porque hay algo de reemplazo o sustitución en la información respecto de los “otros”, ya sea en términos cuerpos, ya sea como afectos condensados. La información como un *objeto* delimitado, cortado, pero en cierta continuidad con el cuerpo es un fetiche libidinal. (Por ejemplo, la alucinación por los zapatos de mujer, sin mujer, que presenta el personaje de *Ensayo de un crimen*, ese *film noir* llevado a la pantalla por Luis Buñuel en 1955). A este respecto, la conclusión es apocalíptica: “En la comunicación digital, el *otro* está cada vez menos presente” (Byung-Chul, 2021, p. 35).

¿Qué consecuencias trae esta *infomanía*? Como la distancia social derivada del coronavirus, las tecnologías que empleamos para nuestro hacer cotidiano

nos alejan tendencialmente de los otros, de su presencia, incluso de su voz. “Al otro no se le llama para hablar. Preferimos escribir mensajes de texto, en lugar de llamar, porque al escribir estamos menos expuestos al trato directo” (Byung-Chul, 2021, p. 35).

Objetos, cosas, relaciones

Para entendernos respecto a las categorías que maneja Byung-Chul, habrá que hacer algunas distinciones terminológicas. Se define comúnmente en filosofía un "objeto" como todo aquello que puede existir, pensarse, hablarse o articularse en una acción (Bunge, 2011). Así, podemos hablar de que el "ser" es un objeto de la metafísica, puesto que este puede ser concebido y reflexionado bajo el discurso de la metafísica; "la comunidad" es objeto de la sociología, suponiéndola como una existencia particular, a la cual se adscriben ciertas propiedades; pero también la "muerte" es objeto, por ejemplo, objeto de la poesía; una "huelga" es un objeto de la acción sindical. Una sociedad es un objeto *concreto*, mientras que los números o los conjuntos son objetos *abstractos*; los virus son objetos *naturales*, en tanto que las palabras con las que hablamos una lengua son objetos *artificiales*. O sea, el término "objeto" comprende una multitud de realidades.

En contraste, se suele denominar "cosa" a un objeto diferente a un constructo (Bunge, 2011). Los átomos, las partículas, los campos, las personas, las máquinas, los sistemas sociales son cosas, en este sentido. Tienen una materialidad tangible (según señalamos arriba). Los constructos son conceptos, es decir, unidades de significación que pueden agruparse lógicamente en conjuntos (clases) y predicados (en diferentes grados, incluyendo las relaciones). Dios es "objeto" de la teología, pero nadie diría que es "una cosa".

Por el contrario, las propiedades de las cosas (ejemplo, la energía), los cambios y transformaciones de las cosas, así como las ideas que surgen en la mente de un sujeto y se reflejan en conceptos, son constructos; por eso no son propiamente "cosas". Para el materialismo, el mundo está compuesto solamente de "cosas".

En cualquier referencia a la vida cotidiana nos topamos con todo este conjunto de entes ontológicos, de nuestra realidad:

(1) Con "cosas" concretas y diversas: sábanas, colchas, tazas de café, ventanas, cucharas, libros, mesas y hoy, sobre todo, la pantalla de nuestra iMac, de nuestro iPad, o de nuestro *smartphone*. Pero en un sentido general, en el término "cosas" incluye a todo aquello que puede ser "objeto" del pensamiento (imaginación, fantasía, creación), y equivale en el lenguaje corriente a *ente* o *ser*, cuando se refiere al discurso de la filosofía;

(2) Con "personas individuales", la pareja, los hijos, los vecinos, los compañeros de trabajo, el maestro de la escuela, los encargados de los trámites administrativos... u otros seres vivos, como la planta, el árbol, la mascota que debemos alimentar...

(3) Y también con un nuevo ente —no conocido sino desde la tercera revolución tecnológica— que puebla y conforma nuestra circunstancia vital: la "información digital". ¿Alguien diría que se trata de una "cosa"? ¿Es un "objeto" concreto o abstracto? Estas son las preguntas que debería formularse Byung-Chul, pero sigue otro derrotero, como vemos un poco más adelante.

Ahora bien, solemos asociar la palabra 'información', en un primer lugar, al contexto de las noticias, las novedades que figuran en las redes o lo que buscamos en la biblioteca, en Internet. La información es algo que se puede transmitir a distancia. Por otro lado, la información es objeto de una teoría matemática particular, como análisis del proceso de transmisión de señales y representa de un modo adecuado la noción de cantidad de información (Mosterín, J. y Torretti, R., 2010).

Tiene razón Byung-Chul cuando reconoce que la información es, en sentido riguroso, un ente matemático, un algoritmo, y como tal se escapa generalmente a los usuarios de la información (pues no es visible de manera directa). Aunque también es un constructo. (Mi computadora *no registra* propiamente los colores —azul, rojo, amarillo, verde—, sino que los *pixeles* están codificados en un lenguaje binario que, si no soy programador o informático, están fuera de mi alcance; son *intangibles*).

¿Hay un lado maligno en la información digital?

La cuestión es que al filósofo coreano le importa destacar que *la información digital tiene un lado siniestro*. De ahí que, como hemos visto, utiliza una cierta terminología que apunta hacia delimitado lado oscuro de la información digital: el "informata" (una suerte de autómeta que nos gobierna desde la información), la "infomanía" (delirio de información) o "fetichismo informático" (*supra*). No habla de la infodemia, unión entre la palabra información y la palabra epidemia, término que se relaciona con conceptos similares como *fake news* o "infoxicación", en la medida que la cantidad y exposición de estos se intensifican. La *infodemia* es considerada como una transgresión ética al buen periodismo científico (es.wikipedia.org/wiki/Infodemia).

Nos explica Byung-Chul el aspecto infausto de lo digital: "No hay contacto con las cosas"; es el caso del celular, porque "smartphone irrealiza el mundo" (Byung-Chul, 2021, p. 38). Y para subrayar el lado siniestro hace esta comparación:

Las cosas no nos espían. Por eso tenemos *confianza* en ellas. El smartphone, en cambio, no solo es un informata, sino un informante muy eficiente que vigila permanente a su usuario. Quien sabe lo que sucede en su interior algorítmico se siente con razón perseguido por él. Él nos controla y programa. [...] Cuando damos al botón de “Me gusta”, nos sometemos al aparato de dominación. (Byung-Chul, 2021, p. 39)

Con esta última observación subraya una vez más la conexión que habría entre el fetichismo (en sus tres variantes) y la tecnología de la información digital, de tal manera que “las cosas” que nos rodean en la era de la AI y del posthumanismo tienen un costado aciago: nos dominan de tal modo que su eficacia tiránica estriba justamente en su intangibilidad e invisibilidad opresiva.

La información, ¿instrumento o arma?

Paradójicamente, el filósofo coreano centra su libro en la información, pero lo hace desde un sesgo que le impide tener una mirada equilibrada. Es en torno a la información donde Byung-Chul se decanta por una ruta de equivocaciones. Seguramente tiene razón cuando advierte sobre los excesos a los que puede llevar la obsesión por la información digital. Se apoya en descripciones del uso subjetivo de los dispositivos tecnológicos y lo vincula a esa “condición posmoderna” que caracteriza el saber de la era posindustrial, etapa en la cual se producen “cosas” para ser vendidas, donde se minimiza el valor de uso y se incrementa el valor de cambio. Esto es particularmente visible con los constantes cambios de los modelos de *smartphone*, bajo el impulso mercantil de las compañías productoras de tecnología celular (las cuales, como sabemos, tienen niveles de ganancias verdaderamente exorbitantes). Últimamente se ha hecho más patente el uso mercantil de plataformas como *Facebook* o *Twitter*, sin códigos éticos y dejando a que la polarización social se incremente. Podríamos decir que es el componente subjetivo y mercantilista. Pero Byung-Chul insiste en presentar una descripción de cómo cree que la tecnología de la información digital nos afecta en el día a día. Byung-Chul confunde la información con lo que él mismo denomina *infomanía*.

Comete el error de basarse en la teoría estadística de la información que concibe a esta como una *caja negra*, fenomenológica, de tal manera que se pierde de vista el mecanismo de transmisión, o, peor aun, se le presenta como un elemento *fantasmático* y, en todo caso, “irreal”. Así, la información propiamente —en un sentido científico— se desvanece en el aire, es contingente y resulta efímera. Y de ahí se extraen consecuencias que van a depender de un discurso atemorizante ante la ciencia y sus logros.

Es cierto que la ciencia puede contener, y de hecho funciona, con elementos muy negativos para la humanidad (la tecnología para usos militares, por ejemplo). Pero también es cierto que es un vehículo para la conservación de la vida. La producción tan rápida de vacunas contra el coronavirus SARS-COV-2 es una prueba de que la ciencia es instrumento que puede redundar en una opción para evitar la muerte. Es una constante en la historia que para que se desarrolle una tecnología es indispensable, por una parte, que sea posible desde el punto de vista técnico, y que, por otra parte, sirva a los intereses de una parte de la sociedad. Por lo tanto, reconocer este ángulo no significa desconocer que, con la investigación, desarrollo y creación de vacunas, la industria químico-farmacéutica ha obtenido y seguirá consiguiendo extraordinarias ganancias. Pero aquí tenemos que ponderar uno y otro lado de una cuestión, porque el tema tiene que ver con la asunción que se tenga respecto del mercado. Lo cual conduce a una discusión a un terreno ideológico. Aproximación esta que sin duda es necesaria, pero que también suele redundar en una mirada unilateral podría dejar en la oscuridad el otro lado de la cuestión. No todo es mercado, pero el mercado está ahí.

La ontología y su sesgo en Byung-Chul

El filósofo coreano llena sus páginas de reflexiones sobre la información. Como hemos visto, el término tiene varias acepciones y nuestros razonamientos dependerán de cuál significado adoptemos. En sentido estricto, la información es una propiedad de ciertos procesos físicos (o químicos, o biológicos), lo que equivale a decir que se trata de señales de algún tipo que tienen lugar en cosas concretas: la transmisión de información consiste en sucesos que se propagan a través del espacio y transportan energía (Bunge, 2011). Si se dejan de considerar esos procesos reales de la información, se abre la puerta para las anécdotas de todo tipo.

De tal manera que uno debe preguntarse: ¿de qué "no-cosas" habla Byung-Chul? ¿Una "no-cosa" es Nada? ¿Cómo podemos hablar de tal tipo de entes, puesto que el filósofo coreano los ubica fuera de toda realidad? Hemos asumido antes que bajo el término "cosa" queda comprendido cualquier "objeto", y el "objeto" puede ser real, irreal, mental o físico, con el cual se tenga referencia de alguna manera (Abbagnano, N., 2008). Si es un término de un pensamiento (constructo) que tiene alguna referencia, también lo es cuando se trata de la voluntad (acción) o de la imaginación (fantasía).

El tema filosófico se enmarca en la ontología, y la ontología se resume en "es lo que hay". Mauricio Ferraris (2019) puntualiza que su campo es lo existente y lo inexistente.

El coronavirus, como las galaxias, los árboles, el arcoíris, es decir, los objetos naturales, existen en el tiempo y en el espacio, con independencia de nosotros; en cambio, los "objetos ideales" (lo que llamamos "constructos") son los que existen fuera del tiempo y del espacio, incluso independientemente de los sujetos (las propiedades de un triángulo no son subjetivas, como no lo es una demostración matemática).

Pero la ontología, según Ferraris, se enriquece —con la aparición de los seres humanos en el planeta— con dos clases más. Por un lado, los objetos sociales que son, por ejemplo, el lenguaje, las normas que regulan el parentesco o la instituciones como el Estado, que existen en el espacio y el tiempo y dependen de la obra de los sujetos. Y por otro lado "los artefactos", donde podemos encuadrar las edificaciones, los bolígrafos o las computadoras, que existen en el espacio y el tiempo, y son dependientes de los sujetos en lo relativo a su producción, pero no en lo relativo a su *persistencia* (Ferraris, M., 2019, p. 125).

La ontología en la que se mueve Byung-Chul no puede dejar de reconocer estas realidades, pero tiene su mirada puesta en la ontología heideggeriana, donde las "cosas" son entes que están a la mano y por tanto su definición depende de lo tangible en la existencia y acción humanas. No se trata ya del conjunto de cosas simplemente presentes (en este caso, la tecnología), según la clasificación que recogimos antes, sino de la "significatividad" (*Bedeutsamekeit*), de aquello con lo cual se tiene que hacer tangible: *el ser a la mano*, las "cosas" a nuestra disposición (*Zuhandenheit*), las cuales sirven para algo (Heidegger, M., 2012, p. 125 y *passim*). Para Byung-Chul los artefactos están comprendidos y mediados por el sistema capitalista, de tal manera que se rigen por leyes económicas que escapan y se ocultan a la conciencia, a la subjetividad. Pero esta situación no impide u obstaculiza lo que Heidegger llama la "cura" (*Sorge*) de las cosas, de los demás y de sí mismo (Heidegger, M., 2012, p. 291 y *ss*). Si para el filósofo alemán esto significaba una apertura al mundo, para el coreano significa un cierre a lo irreal, a lo fantasmático y al empleo fetichista de la *infomanía*. Sería una modalidad tecnológica de las "habladurías" (del *se dice* en Heidegger al *se publica en la red* de Byung-Chul) y de la "avidez de novedades" que rodea a la explotación comercial de las tecnologías digitales.

El mundo actual es muy pobre en *miradas y voces*. No nos mira ni nos habla. Pierde su alteridad. La pantalla digital, que determina nuestra experiencia del mundo, nos protege de la realidad. El mundo se desrealiza en un mundo sin cosas, sin cuerpos. Al ego así fortalecido nada otro lo toca. Se refleja en *la espalda de las cosas*. (Byung-Chul, 2021, p. 71)

Añade que si el mundo se compone únicamente de objetos —aquí habla de objetos— disponibles y consumibles, entonces no podemos entablar una *relación* con él, como tampoco es posible entablar una relación con la información; y caemos otra vez en la ambigüedad del término ‘información’, y sus correspondientes usos.

Un objeto disponible y consumible no es un tú, sino un eso. La ausencia de relación y apego conduce a un serio empobrecimiento del mundo. La consecuencia de la marea de objetos digitales, en particular, es una pérdida del mundo. La pantalla es muy pobre en mundo y realidad. [...] La depresión no es sino una exacerbación patológica de la sensación de pobreza del mundo. La digitalización ha contribuido a su propagación. (Byung-Chul, 2021, pp. 71-72)

La pandemia puede habernos resultado una experiencia aterradora o insufrible porque el confinamiento, efectivamente, redujo el mundo, nuestro mundo, a las expresiones mínimas del encierro. Por eso pensamos que la crítica del filósofo coreano se ha empatado con la ya larga experiencia del recogimiento por la pandemia. En ambos casos, la conclusión viene de una visión melancólica, ciertamente. Pero la melancolía no es un estado único ni inmodificable. La tecnología se declara inocente. Pero quizá el mercantilismo capitalista, no.

Conclusiones

Este, como libros anteriores de Byung-Chul, se enmarca en el planteamiento del posmodernismo que proclama que todo proyecto de emancipación humana es una causa perdida, o casi perdida (si se cuenta con elementos estéticos y artísticos que nos “salven” de la monotonía tecnológica). Se sostienen sus reflexiones en esa visión de una neofobia a la tecnología y se apoya en la creencia de que los proyectos racionales, científicos, tecnológicos y filosóficamente orientados por una concepción analítica, carecen de fundamento, puesto que la razón que impulsa a la revolución digital es —según esto— inexorablemente un arma de dominio, cuando no de destrucción de las relaciones con los otros y con lo otro (naturaleza).

Sin embargo, no podemos renunciar a un proyecto de emancipación, ya que vistos los mismos fenómenos que examina Byung-Chul contamos, como humanidad, con aquello que hace posible y necesario su realización. No se trata de aferrarse a modelos económicos que conducen a la enajenación y pérdida del sentido vital de la existencia, pero sí de ir superando las limitaciones que bien identifica el posmodernismo. Algo que está en discusión entre los líderes de esta segunda mitad del siglo XXI. (El País, “Joe Biden quiere enterrar 40 años de neoli-

beralismo”, 18/04/2021.) Pero podemos sucumbir ante el avasallante mundo de la información, porque justamente hay procesos humanos derivados del Eros que permiten construir alternativas, incluyendo componentes subjetivos liberadores, que el filósofo coreano-alemán deja fuera por su radical oposición —surgida de Heidegger— a todo lo que tenga que ver con la tecnología y sus derivados.

La ciencia y la tecnología son instrumentos. Un martillo es un instrumento que sirve para edificar una casa o para romperle el cráneo a un semejante. Entonces, la reflexión debe moverse al campo de la ética y de la vigencia de los Derechos Humanos. El posmodernismo es renuente a ello, porque su base es el relativismo, donde cada uno tiene y mantiene su propia verdad. Es el caldo de cultivo de las *fake news* y de la posverdad. Son posturas que más temprano que tarde muestran su infertilidad, propiciando los mensajes de odio y alentando la conflictualidad que se esparce en los regímenes populistas. Pero, la alternativa es que el proceso emancipatorio también puede alcanzarse con y por la tecnología digital. No será fácil, pero tampoco imposible, cuando pensemos que la melancolía es un medio ciertamente extraño para la verdad y la transformación.

Referencias

- Abbagnano, N. (2008). *Diccionario de filosofía*. FCE.
- Bunge, M. (2011). *Ontología I. El moblaje del mundo*. Editorial Gedisa.
- Byung-Chul H. (2021). *No-cosas. Quiebras del mundo del hoy*. Taurus.
- Ferraris, M. (2019). *Posverdad y otros enigmas*. Alianza Editorial.
- Heidegger, M. (2012). *Ser y tiempo*. Editorial Trotta.
- Mosterín J. y Torretti, R. (2010). *Diccionario de lógica y filosofía de la ciencia*. Alianza Editorial.
- Sanlés Olivares, M. (2019). *El Transhumanismo en 100 preguntas*. Ediciones Nowtilus.
- Watson, P. (2018). *Convergencias. El orden subyacente en el corazón de la ciencia*. Crítica.
- Infodemia (s/f). En *Wikipedia*. es.wikipedia.org/wiki/Infodemia.
- Pérez, C. (17 de abril de 2021). Joe Biden quiere enterrar 40 años de hegemonía neoliberal. *El País*. <https://elpais.com/economia/2021-04-18/joe-biden-quiere-enterrar-40-anos-de-hegemonia-neoliberal.html> el 18 de abril de 2021.